

Horrible belleza

MARIO PRAZ

La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica
Traducción de Rubén Mettini.
El Acanalado. Barcelona, 1999.
942 páginas, 7.700 pesetas.



arte y literatura. Escribió, entre otras obras, *Gusto neoclásico*.

► Mario Praz (1896-1982) nació en Roma. Catedrático en las Universidades de Liverpool y Manchester, fue especialista en

adopta como *leit motiv* y hombre representativo al marqués de Sade y acaba por centrarse en Baudelaire y la literatura del decadentismo, desde Gautier a Huysmans y desde Swinburne a D'Annunzio. Está claro, por tanto, que nos hallamos ante una noción de romanticismo muy poco ortodoxa. Praz rechazaba explícitamente la utilización de términos tales como «romántico», «clásico» o «barroco» fuera de su contexto histórico, pero lo cierto es que su «romanticismo» parece aludir más a una cierta forma de ver el mundo y enfrentarse a la creación (para Praz es «romántico» todo arte que pretende expresar lo inefable) que a una época histórica o a un movimiento estético.

La carne, la muerte y el diablo es un libro sorprendentemente claro y sinuoso al mismo tiempo. Praz prefiere ofrecernos citas numerosas y extensas de las obras que comenta y hacer que los textos hablen por sí solos, con lo que a menudo sentimos que lo que estamos leyendo, más que un ensayo, es en realidad una especie de antología comentada, una suerte de exuberante y erudito florilegio de flores del mal. Es por eso muy de agradecer la decisión del editor de traducir las numerosas y extensas citas del francés, inglés, italiano y alemán, dejando, al mismo tiempo, los textos en sus idiomas originales, lo cual permite el cotejo de las fuentes y ofrece



Combato de moros de Francisco Lameyer (Museo del Prado)

al tiempo un máximo de legibilidad para aquellos lectores que no conocen en profundidad esos idiomas.

Hemos de observar que el título del libro resulta curiosamente inadecuado, ya que la gran obra de Praz no habla realmente ni de la muerte, ni del diablo, ni de la carne: habla de la belleza de la muerte, de la atracción del diablo y de esa enfermedad de la

sensualidad que consiste en vivir los deleites de la carne a través de la mente y de la fantasía. Estos son los verdaderos temas del libro: la belleza de lo horrible, la voluptuosidad del dolor, la mujer diablo y el hombre diablo (la *femme fatale*) y el quizá menos conocido pero no menos importante *homme fatale*, la esfera enfermiza y extenuante de la fantasía.

La carne, la muerte y el diablo es un libro hermoso, desolado y terrible que va mucho más allá del estudio literario y que se va convirtiendo, poco a poco, en un catálogo de atrocidades y luego en una reflexión, casi siempre implícita, nunca expresada como teoría, sobre los lados más oscuros de la psique. Después de la saturación de estudios, lecturas e interpretaciones sobre Sade y sobre el sadismo que venimos experimentando (iba a escribir «sufrimiento») desde los años 60, en las obras de autores como Bataille, Blanchot, Klossowski o Barthes, la postura de Praz resulta curiosamente falta de afectación, austera, casi refrescante. Para él, Sade es simplemente un pornógrafo. La omnipresencia del infernal marqués en la literatura europea del pasado siglo resulta, por ello, quizá doblemente inquietante.

Andrés Ibáñez

¿POR QUÉ SENTIMOS PLACER AL SUFRIR?

ÉSTA es la pregunta que resuena en todas y cada una de las páginas de *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, pregunta que Praz lanza una y otra vez sin intentar, por cierto, encontrar nunca una respuesta. ¿Por qué nos atrae lo horrible, por qué sentimos placer en el terror, por qué el mal siempre nos resulta más interesante, por qué amamos más a quien nos hace daño? Shelley habla de la «tempestuosa belleza del terror», Baudelaire observa que para los espíritus curiosos y hastiados «el gozo de la fealdad proviene de un sentimiento todavía más misterioso (que el de la belleza), que es la sed por lo desconocido y el gusto por lo horrible» y Maturin relata en *Melmoth el errabundo* que ha oído «de hombres que han viajado a países donde cotidianamente se podía asistir a horribles ejecuciones, para procurarse esa excitación que la vista de los sufrimientos nunca deja de dar». ¿Quién de nosotros no ha sentido el deseo de leer una noticia de periódico donde se denuncian torturas en algún lugar del planeta y la decepción consiguiente cuando la descripción de dichas torturas resultaba

poco explícita o no excesivamente horrenda?

No sólo amamos el mal como espectáculo, también amamos el sufrimiento, también deseamos sufrir. Flaubert cuenta como cuando era joven «trataba, por medio de la imaginación, de procurarme, de manera ficticia, los más horribles sufrimientos» (subrayado nuestro). Dostoievsky afirma en las *Memorias del subsuelo*: «Creo que la necesidad fundamental del alma rusa es la sed de sufrimiento». D'Annunzio se pregunta en *L'Innocente*, «¿por qué el hombre tiene en su naturaleza esta horrible facultad de gozar con mayor intensidad cuando tiene conciencia de dañar a la criatura de la cual goza?»

Todo esto pueden parecer meros devaneos literarios, fantasías torturadas de estetas algo histéricos, pura pose, dandismo espiritual, pero es mucho más que eso. A menudo hemos creído encontrar interpretaciones casi místicas en el famoso comienzo de las *Elegías* de Rilke: «La belleza no es sino el primer grado de lo terrible», pero ¿no estará acaso diciendo aquí Rilke, simplemente, que la belleza es una característica del horror? Y sin duda disminuimos a Rilke al leerlo como un decadente, pero

¿qué hacer, por ejemplo, con la afirmación de Flaubert de que la belleza está presente en todo y de que debemos extraer poesía de cualquier cosa? «En un tiempo», escribe Flaubert en su correspondencia, «se creía que sólo la caña de azúcar daba el azúcar, ahora se obtiene de casi todo; pasa lo mismo con la poesía... surge de todo y en todas partes». ¿Es ésta la declaración de principios del primer novelista moderno, el himno de la victoria de la prosa sobre la poesía, o bien el apotegma sádico de alguien que disfruta de la belleza de la corrupción, la angustia y la muerte?

La culminación del libro de Praz está en el apéndice de la primera parte, «Swinburne y "Le vice anglais"». Es imposible leer esas páginas sin sentir asco, horror y compasión, emociones, por cierto, que resultan por lo general difíciles de encontrar en los estudios literarios o culturales. Praz deja la pregunta sin contestar no sólo a causa de esa «honradez» filológica suya de la que hablábamos en otro lugar sino también, quizá, porque en ese asco, horror y compasión está la única respuesta que vale la pena. — A. I.